

---

Francisco Belmar, *Lenguas indígenas de México. Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí. Familia zoque-mixe, chontal, huave y mexicano*, edición facsimilar de la obra publicada en México en Imprenta Particular, 1905, con introducción de Francisco Barriga Puente, México, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017.

por Rodrigo Martínez Baracs

Es de celebrarse la aparición de la reedición facsimilar de uno de los libros más importantes del gran lingüista e indigenista oaxaqueño Francisco Belmar (1859-1926), el “filólogo de Tlaxiaco”, el libro titulado: *Lenguas indígenas de México. Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí. Familia zoque-mixe, chontal, huave y mexicano*. Esta edición facsimilar forma parte de la Colección Francisco Belmar, proyectada serie de catorce o más ediciones facsimilares de los libros más importantes de Francisco Belmar, que está editando el lingüista Francisco Barriga Puente de la Dirección de Lingüística del INAH, con la producción de la Dirección de Publicaciones de la Coordinación Nacional de Difusión del INAH, e impresa en sus propios Talleres Gráficos.

La publicación de la Colección Francisco Belmar es particularmente relevante debido a la extrema rareza de las obras de este autor, originalmente editadas en pequeñas imprentas en muy cortas y disímiles ediciones. La colección comenzó en 2011 con el primero y el último de los libros de Belmar y uno intermedio, su *Cartilla del idioma zapoteco serrano*, 1890, su *Estudio del huave (lenguas del estado de Oaxaca)*, Oaxaca, 1901, y su *Glotología indígena mexicana. Estudio comparativo y clasificación de las lenguas indígenas de México*, México, 1921. En 2014 se editó el *Ensayo sobre la lengua trike*, Oaxaca, Imprenta de Lorenzo San Germán, 1897. Y en 2017-2018 apareció *El chocho*, publicado en Oaxaca en 1899, dentro de la proyectada serie de *Idiomas indígenas del estado de Oaxaca*, y el ya citado *Familia mixteco-zapoteca y su relación con el otomí*, publicado ya en la ciudad de México en 1905. En 2019, esperamos, se publicará *La lengua mazateca. Ligero estudio*, Oaxaca, Imprenta del Comercio Wen-

ceslao Güendulain y Comp., 1892, y esperamos que el proyecto siga avanzando y se complete pronto. Cada libro lleva una introducción del coordinador Francisco Barriga Puente, textos siempre amenos por las circunstancias narradas y por la rigurosidad del análisis lingüístico.

En su introducción de *Estudio del huave*, Francisco Barriga Puente cuenta cómo en 2005 confluyeron tres circunstancias relativas a Francisco Belmar: estaba organizando en la Dirección de Lingüística del INAH un homenaje académico a este autor para dar cuenta de su tan importante como desconocida obra cuando, de manera inesperada, le habló por teléfono la señora Elena Osuna de Belmar, descendiente política de Francisco Belmar, con la noticia de que tenía los libros de éste. Lo invitó a revisarlos y se ofreció a digitalizarlos para hacer la edición facsimilar. Tres días después, el lingüista Maurizio Guerre le presumió a Francisco Barriga que acababa de encontrar un ejemplar del *Estudio del huave* en la Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas, en Austin, libro que justamente Francisco Barriga había examinado poco antes en casa de la señora Elena Osuna de Belmar. Así surgió el proyecto de hacer la importante Colección Francisco Belmar.

El homenaje académico a Francisco Belmar se realizó y fructificó en el importante libro coordinado por Francisco Barriga, *El filólogo de Tlaxiaco. Un homenaje académico a Francisco Belmar*, publicado por el INAH en 2010, con importantes colaboraciones de Francisco Barriga, Maribel Alvarado, Bárbara Cifuentes, Guadalupe Landa, Beatriz Urías Hermosillo, Thomas C. Smith Stark, Susana Cuevas Suárez, Loretta O'Connor, Maurizio Guerre, Pilar Máynez, Silvia Yee, Sebastian van Doesburg, Adam T. Sellen y Michael Swanton y una valiosa bibliografía. El libro da una dimensión muy completa, rica, rigurosa y crítica de Francisco Belmar como lingüista y filólogo, pero también sobre su formación, su trabajo en defensa jurídica de los indios oaxaqueños, su defensa de la enseñanza a los indios en sus propias lenguas (posición contraria a la del ministro de Educación, don Justo Sierra), sobre la Sociedad Indianista Mexicana que fundó en 1910, sobre su colección de piezas arqueológicas y su colección de códices, y sobre la fecha correcta de su fallecimiento, 1926, que precisaron Bárbara Cifuentes, Francisco Barriga y Bas van Doesburg.

La lectura de las obras de Belmar bellamente reeditadas por el INAH, y estudios como los de Bárbara Cifuentes y Francisco Barriga en el *Homenaje académico a Francisco Belmar*, muestran que se trata de un lingüista de primera línea, y que son fundamentales sus contribuciones en la descripción de varias lenguas oaxaqueñas y en los estudios comparativos sobre el conjunto de las lenguas americanas. Ciertamente, Belmar trabajó en la brecha abierta por los grandes estudios de clasificación de las lenguas mexicanas de Manuel Orozco y Berra (1816-1881), su *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de Mexico. Precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus*, de 1864, y de Francisco Pimentel (1832-1893), su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, de 1862 y 1865, ampliado en 1874 y 1875, con el título agregado de *Manual de filología mexicana*.

Pero la percepción de las lenguas de Belmar difería de las de Orozco y Berra y Pimentel, que las conocieron sobre todo a través de las gramáticas, vocabularios y doctrinas misioneras, mientras que él, Belmar, hablaba a diario con la gente en los pueblos oaxaqueños y la oía como abogado y juez en Oaxaca. Así desarrolló un envidiable oído para la fonética, las vocales largas, con tonos, nasalizadas, con saltillos. Tal vez por eso Orozco y Berra y Francisco Pimentel fueron claramente *splitters*, que distinguieron varias familias de lenguas mexicanas, mientras que Francisco Belmar fue un *lumper*, un agrupacionista, como lo explica Francisco Barriga. Pero Belmar era un *lumper* radical, porque distinguió tan sólo tres grandes familias mexicanas: la nahuatlana, la zapotecana y la mayana. Francisco Barriga menciona las previsibles críticas que recibió Belmar por incorporar la inclasificable lengua tarasca a la familia zapotecana. Y resulta interesante y significativa la complementaria reivindicación que hace Francisco Belmar del término dialecto, pues expresa, junto a la conciencia de los grandes parecidos, un conocimiento de la multiplicidad de las variedades de las lenguas que no tienen versión canónica contrapuesta a sus dialectos, pues ella misma es un dialecto.

No cabe duda de que las aportaciones lingüísticas y filológicas de Belmar son fundamentales, y sin embargo la extrema rareza de sus publicaciones, en tirajes muy cortos, ha hecho que casi nadie las haya podido

leer, si es que se enteran de su existencia. En México, hicieron un resumen de su obra José G. Montes de Oca, en 1919, Alberto María Carreño (1875-1962), en 1930, Leonardo Manrique (1934-2002), en 1980 y 1988, e Ignacio Guzmán Betancourt (1948-2003), en 2004. Pero el nombre de Belmar está ausente en las grandes síntesis de lingüística histórica americana como *American Indian Languages* de Lyle Campbell, de 1997, o las del propio Leonardo Manrique Castañeda (en su contribución de 2000 a la *Historia antigua de México* coordinada por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján) o de Leopoldo Valiñas (en su contribución de 2010 al tomo primero de la *Historia sociolingüística de México* coordinada por Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño).

La obra que se acaba de publicar, *Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí*, la publicó el licenciado Francisco Belmar en la ciudad de México en 1905 (cuando era miembro de la Sociedad Filológica de París) como parte de una obra más grande que llevaba el título de *Lenguas indígenas de México*. De modo que puede pensarse que, en su enorme ambición lingüística, Francisco Belmar planeaba escribir obras semejantes sobre las lenguas mayanas y nahuatlanas. No las hizo, pero *Familia mixteco-zapoteca* marca un paso importante en este camino. Él mismo lo explica en el Prólogo:

No hubiera completado mis investigaciones lingüísticas sobre las lenguas de la República Mexicana, si mis insignificantes trabajos quedaran reducidos a las monografías de las lenguas hasta hoy por mí estudiadas. La importancia etnográfica y lingüística de las Zapoteca-Mixteca y sus congéneres hace indispensable su estudio comparativo, así como el de su desarrollo formativo en el tiempo y en el espacio.

Esta obra de historia comparativa, genética y clasificatoria, viene en efecto a culminar los estudios de Belmar sobre el zapoteco serrano, las lenguas zapoteca, chinanteca, mixe y trike, el zoque, el chocho, el chontal, el papabuco, el amuzgo, el huave, el chatino, el cuicateco, el ayook. Es curioso, como lo advirtió Francisco Barriga, que Belmar no haya dedicado un estudio específico a su lengua natal, la mixteca, tan rica, por cierto, en dialectos. Y esta primera recapitulación sobre la *Familia mixteco-zapoteca*

será un punto de partida hacia la gran síntesis de historia lingüística comparativa mexicana que es su *Glotología indígena mexicana*, que publicó en una edición incompleta en 1921 y que comenzó a escribir años antes.

Pero ya en *Familia mixteco-zapoteca* está presente la división tripartita de las lenguas mexicanas, pues apunta en el valioso capítulo 36, “Breves consideraciones sobre el estudio de las lenguas indígenas de México”, su ambición agrupacionista, que cita certeramente Francisco Barriga: “Estudio será éste que nos llevará de una manera segura a establecer el menor número de familias lingüísticas, pues ya hoy se contemplan la mexicana, la maya-quiché y la mixteco-zapoteca; más tarde estas tres grandes familias serán reductibles a una sola” (p. 291).

Al mismo tiempo, la agrupación de la familia mixteco-zapoteca, que reconoció Orozco y Berra, lo llevó a integrar varias lenguas hasta entonces desbalagadas, como el amuzgo, el chinanteco, el mazateco y el chocho, y como aporte fundamental incluyó también al otomí. Barriga recuerda oportunamente los avances de Orozco y Berra sobre el amuzgo, de Pimentel sobre el mazateco y el chinanteco, y de Daniel Brinton (1837-1899), en 1891, sobre el parentesco del pame y el chichimeco-jonaz con el otomí y el mazahua. Pero Belmar armó las piezas del rompecabezas, dice Barriga, y después de él, lo complementaron Walter Lehmann (1878-1939) en 1920 con el chiapaneco-mangue, y Calvin Rensch en 1977 con el tlapaneco-subtiaba, con lo cual se conformó la gran familia otomangue, íntimamente vinculada a los inicios de la vida agrícola y sedentaria en el México antiguo. Ésta es, pues, la “gran hazaña lingüística” de Francisco Belmar en su *Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí*, así como escribe Francisco Barriga,

desbrozó el terreno de los estudios otomangueanos y sentó las bases para establecer la clasificación de las 24 lenguas de la familia que en la actualidad se agrupan en 8 ramas. En este mismo orden de ideas, cabe reconocer que en esta obra están desplantados los cimientos para la reconstrucción del proto-otomangue —sin duda una de las lenguas de los forjadores de Mesoamérica— al cual se calculan unos 6 500 años de antigüedad.

Después de *Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí*, 1905, y en el camino hacia su *Glotología indígena mexicana*, 1921, Francisco Belmar publicaría en 1907 su artículo sobre “La polisíntesis en las lenguas indígenas de México”, en los *Anales del Museo Nacional de México*; su folleto de 1909 sobre la *Importancia del estudio de las lenguas indígenas de México*, respondiendo a las críticas de Francisco Pascual García (este texto fue publicado por el mismo Francisco Barriga en otra serie); la ponencia sobre “El tarasco y sus relaciones con las lenguas de la familia mixteco-zapoteca-otomí”, tema ya tocado por Francisco Pimentel, pero que era una necesidad para la trinidad agrupacionista de Belmar, y que debió sonar extraño en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Leipzig, donde presentó también una ponencia sobre si “Existe el monosilabismo en las lenguas de México”. En 1910 publicó un estudio sobre el “Sistema silábico de las lenguas de la familia mixteco-zapoteco-otomí”, en los *Anales del Museo Nacional*, lo cual le dio visibilidad a su propuesta de incorporación del otomí a la familia mixteco-zapoteca; y publicó también el “Programa para la clase de lingüística indígena en el Museo Nacional”, de 1914, que muestra la vastedad de su ambición en el conocimiento y clasificación de las lenguas indígenas mexicanas. Y en algún momento, que no se puede fechar, escribió un folleto con una *Rectificación al estudio lenguas indígenas de México. Familia mixteco-zapoteca y su relación con el otomí; familia zoque-mixe-chontal-huave y mexicano*, de 8 páginas. No sé en qué consiste esta rectificación, que espero quede incluida en el tomo 14 de la Colección Francisco Belmar, que incluirá *Cuatro estudios breves* suyos. Comento que, en su *Glotología indígena mexicana*, Belmar mantuvo la incorporación de la lengua tarasca en la familia zapotecana.

Agradezco a Francisco Barriga Puente, a la señora Elena Osuna de Belmar, a toda la familia Belmar y al INAH por este tesoro que ponen en nuestras manos al publicar estas pulcras ediciones facsimilares de las obras del gran lingüista, filólogo y maestro oaxaqueño Francisco Belmar.